

Biblioteca Films

LOS GANGSTERS DEL AIRE



NUM.
520

Douglas Fairbanks Jr.

25
CTS.

BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMÓN SALA VERDAQUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES:
Calle de Valencia. 234 - Apartado Correos 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sed. Gral. Española de Librería - Barbés, 14 y 16 - Barcelona

AÑO IX

APARECE LOS MARTES

NÚM. 520

Los gangsters del aire

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por el gran actor de la pantalla

DOUGLAS FAIRBANKS (hijo)

Narración literaria de MARTIN RIUS

Una producción

Warner Bros, First National Films
S. A. E.

Paseo de Gracia, 77 - Barcelona

INTERPRETES

Bill Keller	DOUGLAS FAIRBANKS (hijo)
Weber	Leo Carrillo
Alabama	Bette Davis

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

En Nicaragua, los aviadores del ejército americano tienen continuas luchas con sus enemigos, los rebeldes del país, pero, como el ejército invasor es el más poderoso, el triunfo siempre recae de su parte y los rebeldes tienen que replegarse en el interior de sus grandes selvas para huir de la justicia americana. Keller y Cooper son dos tenientes de la aviación de los Estados Unidos, destacados en Nicaragua y, además, son íntimos amigos y compañeros de francachelas y escapadas nocturnas. A los dos les gusta en exceso el vino, particularmente a Bill, que con frecuencia sufre las consecuencias de un exceso de alcoholismo. Su conducta desordenada, su desaprensión por la disciplina y la severidad, les lleva a que, en una de sus muchas escapatorias, sus superiores les destituyan de sus cargos, quedando los dos muchachos en país extranjero y sin recursos, en situación muy apurada. Un anuncio leído en un periódico Neoyorkino pidiendo buenos aviadores para una compañía comercial, les ofrece el medio de salir de su angus-

tioso paro forzoso y, de acuerdo los dos, escriben a la compañía ofreciendo sus servicios.

No se hace esperar la respuesta afirmativa: "Sus solicitudes para pilotos comerciales con esta Compañía han sido aprobadas. Cuando terminen sus servicios en el ejército sírvanse presentarse en nuestras oficinas de Nueva York, situadas en el núm. 67 de la calle 38. De ustedes atentamente. — *Richard Jones*, Secretario."

Aquella carta es la salvación. Keller y Cooper regresan a Nueva York llenos de esperanza en el porvenir, contentos y felices de haber encontrado tan fácilmente una plaza en consonancia con sus aptitudes y sus aficiones.

Pero en Nueva York les espera una enorme decepción. Al llegar al núm. 67 de la calle 38 sólo se encuentra con un gran almacén vacío. No ha quedado ningún rastro de la compañía comercial. Los negocios no han respondido al esfuerzo realizado y han tenido que cerrar el negocio... ¡Enorme decepción para los dos entusiastas aviadores! ¿Qué harán ahora? Se miran perplejos, silenciosos, y se alejan de aquel lugar en el que queda sepultada su esperanza, con la cara triste y el paso cansino...

Los días corren, el dinero se acaba; los dos amigos viven en una habitación humilde, casi pobre, y ellos mismos se hacen todos los trabajos caseros para lograr que los últimos dóla-

res se prolonguen lo más posible. Salen a la calle cada uno en dirección distinta en busca de trabajo, se leen todos los anuncios de los periódicos, pero todo inútil... Corren los días y el trabajo no llega.

—Hay tantos sin trabajo que da miedo andar por ahí; hoy no pienso salir—dice Toodles.

—El pesimismo te va a matar—le contestó su compañero—. Toma, cómete el jamón de ese anuncio y quizá te reanimes; lo que tienes es hambre.

—¡No estoy para bromas, déjame!...

—Bueno, si tú no sales, desnúdate y déjame usar un poco tu ropa; mis pantalones están ya inservibles.

—¿Por qué no los remiendas? Así podrías ponértelos.

—La costura se ha hecho para las mujeres, no para los soldados.

Bill, decidido, se pone la ropa que le presta su amigo Toodles. Un poco grande le queda, pero no importa, a lo menos le cubre el cuerpo y esto es lo esencial.

—Si adelgazo un poco más ya no me servirá—dice riendo.

Sale de su casa y camina por las calles, vagando, siempre con el ingenio aguzado para tratar de encontrar el trabajo que ha de ser la salvación de los dos amigos. Cansado de correr por las calles, de entrar en infinidad

de establecimientos a ofrecer sus servicios, se dirige al parque para reposar un rato y meditar más sosegadamente en su situación, que ya comienza a parecerle casi tan desesperada como a su compañero Toodles. Se sienta en un banco, a su lado, una linda mujercita, muy joven y muy coqueta, le mira insinuante y trata de entablar conversación con él.

—¿Tan solitario en un día tan hermoso como éste?—le pregunta para entrar en materia.

—Mira, chica—le replica Bill sin embajes—. Pierdes el tiempo conmigo; no tengo ni un centavo.

La chica se ríe con todas sus ganas:

—Qué casualidad, hombre; yo tampoco. Soy taquígrafa sin empleo ni cosa parecida y ya he olvidado como se han de mover las quijadas para poder masticar.

Bill mira entonces a aquella heroína que, acosada por el hambre, aún tiene fuerzas para sonreír y bromear. Es bonita la chica y graciosa. Bill le sonríe también y le pregunta:

—¿De dónde eres?

—De Alabama.

—¿Sí? Pues yo soy de Tejas. ¿Cuándo has comido?—Y ante un gesto vago de la muchacha, Bill añade:

—No me digas que no te acuerdas, no exageras la situación.

—Bien, pues, la verdad, comí ayer... ¿Sa-

bes? Es que estoy a dieta para no engordar...

—¿Dónde vives?

—No tengo domicilio ahora, vivo en la calle y duermo donde encuentro un rincón al que la policía no llegue.

—Podrías mudarte a mi cuarto, ¿quieres?

—¿Tengo yo tipo de... eso?—pregunta la muchacha medio ofendida.

—No te enfades, mujer. Lluve, no tienes paraguas ni casa donde cobijarte y yo te ofrezco mi cuarto, nada más. Yo dormiré en el cajón de la cómoda. ¿Sabes cocinar? ¿Sabes coser?

—Sí, de todo sé un poquito.

—¡Magnífico! Te pagaré tus servicios con cama donde dormirás mejor que en la calle. Nos podemos ayudar mutuamente... ¿quieres?

—Si insistes quizás me convenzas—replica la muchacha ya convencida.

—Pues vamos, anda; pero primero dime cómo te llamas.

—Patricia Brent.

—Me gusta más el nombre de Alabama... ¡Yo te llamaré así siempre!

Toodles está en casa tratando de remendar los calzones de Bill para que éste le devuelva los suyos, cuando llega la pareja. Bill muestra la casa a Alabama y le dice:

—Ya ve, nada nos falta; tenemos agua corriente, fría y... más que fría, pero esto no tiene importancia; para entrar en calor haremos gimnasia—Toodles, he traído compañía — dice, presentando la muchacha a su amigo.

—Sí, no tenemos para nosotros y traes más gente. No sé en qué piensas.

—Alabama nos ayudará; guisará para nosotros, nos repasará la ropa, y, a cambio la dejaremos dormir en nuestra cama. No te apures, verás que bien nos arreglaremos los tres. Siempre es más fácil que encontremos trabajo uno de los tres que nosotros solos.

—Mire, no siga usted zureiendo sus pantalones, yo se los arreglaré, ¿me permite?—dijo Alabama para congraciarse con Toodles, que no la recibía con mucho agrado.

Alabama se quedó en casa de los dos amigos y fué como un ama de llaves, una compañera más para aquellos dos hombres solitarios. La proximidad de una mujer bonita y joven

bes? Es que estoy a dieta para no engordar...

—¿Dónde vives?

—No tengo domicilio ahora, vivo en la calle y duermo donde encuentro un rincón al que la policía no llegue.

—Podrías mudarte a mi cuarto, ¿quieres?

—¿Tengo yo tipo de... eso?—pregunta la muchacha medio ofendida.

—No te enfades, mujer. Llueve, no tienes paraguas ni casa donde cobijarte y yo te ofrezco mi cuarto, nada más. Yo dormiré en el cajón de la cómoda. ¿Sabes cocinar? ¿Sabes coser?

—Sí, de todo sé un poquito.

—¡Magnífico! Te pagaré tus servicios con cama donde dormirás mejor que en la calle. Nos podemos ayudar mutuamente... ¿quieres?

—Si insistes quizás me convenzas—replica la muchacha ya convencida.

—Pues vamos, anda; pero primero dime cómo te llamas.

—Patricia Brent.

—Me gusta más el nombre de Alabama... ¡Yo te llamaré así siempre!

Toodles está en casa tratando de remendar los calzones de Bill para que éste le devuelva los suyos, cuando llega la pareja. Bill muestra la casa a Alabama y le dice:

—Ya ve, nada nos falta; tenemos agua corriente, fría y... más que fría, pero esto no tiene importancia; para entrar en calor hacemos gimnasia—Toodles, he traído compañía — dice, presentando la muchacha a su amigo.

—Sí, no tenemos para nosotros y traes más gente. No sé en qué piensas.

—Alabama nos ayudará; guisará para nosotros, nos repasará la ropa, y, a cambio la dejaremos dormir en nuestra cama. No te apures, verás que bien nos arreglaremos los tres. Siempre es más fácil que encontremos trabajo uno de los tres que nosotros solos.

—Mire, no siga usted zurciendo sus pantalones, yo se los arreglaré, ¿me permite?—dijo Alabama para congraciarse con Toodles, que no la recibía con mucho agrado.

Alabama se quedó en casa de los dos amigos y fué como un ama de llaves, una compañera más para aquellos dos hombres solitarios. La proximidad de una mujer bonita y joven

produjo en ellos lo que indefectiblemente tenía que producir, pero al primer intento Alabama supo contener con serenidad el instinto despierto de sus amigos e imponerles su voluntad, más fuerte que todo. Bill se arrepintió de haberse dejado llevar de un impulso que debía haber contenido y, confuso, prometió a Alabama que jamás ocurriría aquello, a menos que la borrachera le empujara a cometer cualquier locura.

—Veremos — contestó Alabama—. Ahora márchese a su celda, señor Monje y déjeme dormir en paz.

Pronto, como que el hambre acosaba, tuvieron que buscar cualquier medio para llevar a casa unos centavos con los que irse sosteniendo. Bill, el más decidido y el más fuerte de los tres, se dirigió al Parque de atracciones en donde se daban exhibiciones de paracaídas a cualquier altura.

—¿Tiene usted experiencia en el trabajo?

—¡He volado 3.400 horas en el ejército! —contestó con orgullo Bill—. Pero no he saltado nunca... Ahora necesito trabajar y no me importa la clase de trabajo. ¿Cuánto dan por cada salto?

—75 dólares. 2

—Déjeme saltar. No tengo un centavo. El salto solucionará por un momento mi penosa situación.

Bill consiguió que le dejaran saltar. Subió

al aeroplano que se remontó rápido por los aires y evolucionó durante unos minutos por sobre el campo donde la multitud se apiñaba para experimentar la emoción fuerte del salto del intrépido aviador. Cuando el aparato llegó a 2.500 pies de altura, Bill se lanzó al espacio a merced de su paracaídas, esperando con ansia que se abriera la sombrillita salvadora...

* * *

A Bill no le encantó el trabajo. El paracaídas había funcionado normalmente, pero eran unos momentos de angustia que no quería tener que pasar de nuevo... sólo por 75 dólares. Si fuera mayor la cantidad con gusto arriesgaría su vida a diario, pero aquello le pareció una miseria, y, habiendo sabido que una señora inmensamente rica buscaba un chófer elegante y joven, decidió presentarse a ella para ofrecerle sus servicios, seguro de que el empleo reunía mejores condiciones que el de parachutista.

Alabama y Toodles esperaban en casa, muy animados, la llegada de Bill, que les había prometido traer víveres en abundancia tan pronto como le pagaran su primera exhibi-

ción, pero Bill se presentó con las manos vacías aunque vestido con un irreprochable uniforme de chófer.

—Creí que un día más de ayuno no representaba gran cosa para nosotros que ya estamos acostumbrados a tener el estómago vacío y he preferido equiparme bien para tener una colocación espléndida—dijo a sus compañeros como contestación a las reconvenciones que éstos le hicieron.

Bill se presentó ante la señora Newberry para ofrecerle sus servicios.

—Soy un chófer experto—le dijo—, y tengo la seguridad de que quedará usted satisfecha de mi trabajo.

La señora Newberry le miró de arriba a abajo con una mirada de experta.

—Supongo que será usted robusto—le dijo. —Quítese la chaqueta para que yo misma examine sus bíceps. Mis chófers han sido siempre verdaderos atletas; me gusta que tengan, ante todo buen tipo; es una condición indispensable para estar en mi casa... porque mis chófers ayudan siempre en la casa, ¿entiende?

Bill no entendía por el momento lo que aquella señora deseaba de él, pero hizo un movimiento de afirmación, mientras daba una y otra vuelta ante la mirada escrutadora de su nueva dueña. La señora Newberry examinó a su chófer con detenimiento, le probó la fortaleza de los bíceps, le hizo girar en torno mu-



—¿Me tienes miedo...?—preguntó ella acercando cada vez más sus labios.

chas veces antes de dar su visto bueno y, por fin, le dijo:

—Está bien; me gusta. Tiene buena figura y es usted joven... Me conviene... Empezará a trabajar ahora mismo. A las diez nos llevará usted al teatro.

Bill se quedó al servicio de aquella señora guapa y elegante, que miraba con ojos atrevidos e insinuantes y que le gustaba, más que

por su experiencia de chófer, por su bonita figura y su juventud... A Bill le pareció encantador el empleo y se quedó satisfechísimo en la casa. Se acabaron el hambre y las inquietudes y la miseria. Ahora comería bien, vestirla como un landy y... ¡tendría un ama deliciosa!... ¿Qué más podía desear?

A la hora convenida acompañó al teatro, luciendo su elegancia y su porte atlético, a la señora Newberry y a un caballero, que por las trazas parecía tener íntimas relaciones con su dueña. Bill hizo los honores a sus nuevos amos con una naturalidad y un empaque excelentes, y la señora Newberry le recompensó con la más encantadora de sus sonrisas cuando descendió del automóvil a la puerta del teatro.

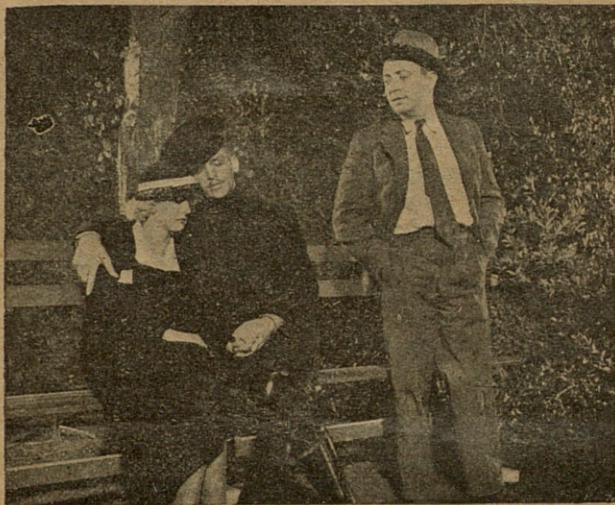
Bill estuvo sólo muy poco tiempo, pues Alabama y Toodles, ansiosos de conocer la suerte que a Bill había cabido en su nuevo empleo, y más ansiosos aún de que les diera unos centavos para acallar el hambre, le siguieron de cerca, y, al verle solo, acudieron presurosos para que les explicara todo cuanto le había ocurrido en aquellas últimas horas.

Bill, galantemente, les invitó a subir en el acto y se fué con ellos a dar un largo paseo aprovechando la noche magnífica y las horas de libertad que se le ofrecían, mientras los amos estaban muy entretenidos en el teatro. Descendieron en uno de los más bellos rincones del parque para charlar con calma. Bill,

conduciendo el auto, no podía dedicar su atención a Alabama y quería charlar con ella detenidamente para decirle muchas, muchas cosas que se amontonaban en su corazón y que casi le hacían daño por querer salir. Alabama estaba aquella noche muy linda y miraba a Bill con unos ojos capaces de conmover las entrañas más frías y más crueles, y Bill, claro está, no tenía esa clase de entrañas... y sentía en todo su cuerpo un escalofrío de deseo y de pasión.

Fueron a sentarse en un banco medio escondido entre los árboles, iluminado por la suave claridad de la luna. La noche les ofrecía todo su misterioso recogimiento y el amor se hacía en aquella obscuridad y en la poesía somnolienta de la noche más impetuoso y más vehemente. Bill tomó primero de la mano a Alabama, luego la atrajo hacia sí, rodeándole el cuello con su brazo y amorosamente enlazados se dijeron las deliciosas naderías que inspira el amor.

Toodles, con las manos en los bolsillos de sus pantalones rotos les miró con un desprecio olímpico, no comprendiendo cómo podían entretenerse en aquel deliquio amoroso cuando el estómago estaba vacío y el hambre llamaba con toda su fuerza pujante. Los dos amantes, embebidos en sus propias palabras, no le hicieron caso. Para ellos Toodles era un pobre diablo incapaz de comprender el encanto del



Toodles con las manos en los bolsillos...

amor... ¿Qué necesidad tenían ellos ahora de pensar en la prosa de la vida y en la vulgaridad de los dólares?

—¡Qué noche tan hermosa! — dijo Bill, sintiéndose romántico —. ¡Qué maravilla de estrellas!...

—¿Te gusta la astronomía? — preguntó Alabama, reclinando sobre el hombro de Bill su cabecita rubia.

—Prefiero la anatomía — replicó Bill es-

trechando con más fuerza a Alabama sobre su corazón y acariciándola largamente. — Pero casi son iguales las dos ciencias... para mí todo son cuerpos celestiales...

Alabama se rió con todas sus ganas y le recompensó la feliz ocurrencia con un beso.

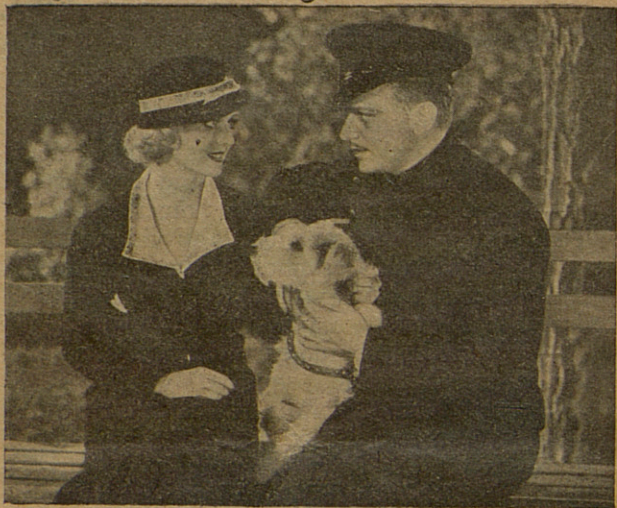
—Es preciso que hablemos seriamente, Bill. Tú has resuelto el problema de tu vida; pero no debes olvidar que estamos Toodles y yo, que también necesitamos vivir. ¿Por qué no nos das unos dólares para ayudarnos?

—Aún no he cobrado sueldo ninguno. ¿De dónde queréis que los saque?

Alabama le miró con dulzura mientras acariciaba las orejas del perrito que había saltado sobre las rodillas de Bill, celoso de las caricias que su amita le dispensaba, y sonriéndole con cariño, para alentarle, le dijo:

—Pide algún adelanto, Bill... Piensa en Toodles, que ha sido un buen compañero tuyo en las horas de miseria... Piensa también en mí, que tanto te quiero.

—Bien, bien; en cuanto se me presente una oportunidad pediré adelantada una parte de mi sueldo — dijo Bill, contrariado del giro que tomaba la conversación. Le molestaba hablar de intereses ahora que podían haber gozado plenamente del amor. Además, no comprendía cómo podían insistir sobre lo mismo ni cómo le podían exigir a él que les ayudara. Ellos podían también trabajar, como él, en



—¿Porque no nos das unos dólares para ayudarnos?

cualquier cosa, en lo que se les presentara, para no necesitar la humillante ayuda de un chófer... Bill se había vuelto un poco egoísta al sentir seguro su porvenir y se olvidaba fácilmente de las horas de angustia que los tres habían pasado... Pero, en fin, prometió lo que Alabama quería, sin gran convencimiento de cumplir lo prometido, y viendo ya lo avanzado de la hora, apresuró la despedida para regresar a tiempo al teatro y llegar en el pre-

ciso momento en que el público comenzaba a salir.

Alabama y Toodles regresaron al miserable hogar, convencidos de que Bill no les abandonaría, aunque ambos temían, sin confesárselo, que el amigo de los días de pobreza se convertiría pronto en un desconocido ahora que había logrado encontrar una posición ventajosa.

Bill se sentía dichoso en su nuevo empleo. Entre la servidumbre de la casa tuvo pronto un éxito desmedido. La camarera le ponía muy buenos ojos y la cocinera lanzaba hondos suspiros capaces de conmover aun a los refractarios del hornillo y, además, le guardaba para él las mejores tajadas. Bill le dedicó a las dos la debida atención y pensó una vez más que en aquella casa iba a tener oído cuanto puede apetecerse en este mundo y se lejó querer por las dos sirvientas como estaba dispuesto a dejarse querer por la misma dueña si la ocasión se presentaba.

Siempre uniformado, siempre elegante, presumiendo le buen tipo y de guapo, envanecido por la muda admiración de aquellas mujeres, Bill olvidaba la pasada miseria y con ella a los que la habían compartido. Cada día que pasaba era una paletada de olvido echado sobre aquellos recuerdos, que poco a poco se iban esfumando; pero como el hambre es un aguijón impertinente, Alabama y Toodles no perdían

ocasión de venir a encontrar a Bill para pedirle unos dólares que él nunca les daba. Por fin, conmovido por las súplicas de Alabama, se decidió a pedirle a la señora Newberry un pequeño adelanto de su sueldo, un día que le pareció que la señora estaba más propicio que de costumbre a concesiones de este género.

—Hace un poco de frío—le dijo la señora Newberry, como si no le hubiera oído—. ¿Sabe usted encender la chimenea?

—Sí, señora—contestó Bill contrariado.

—Entonces suba... y hablaremos de lo que a usted le interesa.

Bill hizo lo que le ordenaban, tomó todo lo necesario para encender una buena fogata en la chimenea y subió a las habitaciones de su dueña. Estaba ésta aguardándole con su más encantadora sonrisa y con todas las tentaciones de sus encantos realzadas por un desabillé elegantísimo. Bill, muy serio, se dirigió a la chimenea para comenzar su tarea; pero la señora Newberry le detuvo por un brazo y, mirándole con ojos provocativos le dijo:

—Sirva licor para los dos... ¡charlaremos un poquito antes!

Bill sirvió el licor, ofreció una copa a aquella tentadora mujer que le envolvía en una ola de sensualidad y de pasión y procuró no dejarse dominar por ella, conservándose siempre en el puesto que le correspondía.

—¿Me tiene miedo?—le preguntó ella acer-

cando cada vez más sus labios a los labios de Bill.

—¡No temo a ninguna mujer en el mundo! contestó Bill sonriendo con fanfarronería.

—¿Qué piensa de mí?—siguió preguntando ella con coquetería creciente.

—Que es usted muy liberal... y divinamente encantadora.

En aquel momento la habitación quedó a oscuras, alumbrada sólo por la débil claridad que llegaba de la calle.

—¡Apagaron la luz! — exclamó Bill con cierto temor—. Señora, es muy tarde y voy a marcharme.

—¡No, quédate conmigo!—le dijo poniendo mucha ternura en la voz—. Quiero que comprenda que no deseo un chófer corrientemente... Usted parece competente y el trabajo le agradará...

—¿Hay trabajo... nocturno? — preguntó Bill.

—Un poco; pero se le pagará extraordinario. Usted pidió un adelanto, ¿no es cierto? Yo, no acostumbro a pagar adelantado, pero con usted haré una excepción ...¿comprende?

La señora Newberry acariciaba con manos ávidas al chófer joven y arrogante que había entrado a su servicio quizá para hacerle comprender mejor la intensidad de sus palabras.



—He vista bastante para comprenderlo todo.

—Siempre he tenido chófers franceses, porque... son los más comprensivos.

—¡Desbancaremos a los franceses!—dijo Bill estrechándola con fuerza entre sus brazos y besándola apasionadamente en la boca.

En aquel momento se hizo la luz en la habitación y surgió de detrás de unos cortinajes que le habían tenido oculto, el amante de la señora Newberry.

Bill, muy sereno, se puso en pie y dijo:

—No juzgue por las apariencias. Comprendo que...

El recién llegado no le dejó terminar:

—He visto bastante para comprenderlo todo—contestó—, y me las va pagar.—Y se sacó una pistola con la que encañonó a Bill.

Este no perdió su sangre fría y aconsejó como buen experto:

—Si dispara ladee la pistola a la izquierda, apunte al hombre y así me dará en mitad del corazón... ¡A menos que quiera herirme solamente!

El agresor bajó el arma asombrado ante la serenidad de aquel hombre.

—Habla como un perito y no le teme a la muerte.

—¡He despachado a bastantes!—contestó Bill sin inmutarse.

—¿Ah, sí?... ¿Como pistolero?

—¡No, como aviador en Nicaragua, durante dos años!

—Admiro su serenidad en un momento como éste, nada agradable por cierto. Es usted valiente y creo que podría convenirme, joven. ¿No tiene inconveniente en trabajar? ¿Le repugnaría faltar a la ley de vez en cuando?

—Según a que ley—contestó evasivamente Bill.

—A la de la prohibición. Yo importo... muchas cosas y, entre ellas, licores. Claro está, tengo muchos enemigos y necesito tener siempre un amigo de confianza que me guarde la espalda, un amigo que sea como usted un valiente y que no pierda la serenidad en el momento del peligro. Usted podría servirme como detective particular... o, ¿como diremos?, como escolta personal.

—Estoy dispuesto a probar.

—Entonces, véame mañana por la mañana y nos pondremos de acuerdo.

Así, aquella escena que pudo acabar en drama terminó en una mejor oportunidad para el arriesgado Bill, que salió muy contento de las habitaciones de la señora Newberry, en donde en poco tiempo había experimentado tan diversas emociones.

Bill volvió a remontarse en los aires en su avión y a sentir las grandes emociones de la aviación que había sido siempre su deporte favorito. Cruzaba la frontera casi a diario y traía en su aparato cantidades enormes de

contrabando. El sabía que el oficio era arriesgado, pero se lo pagaban bien y esto era lo suficiente para que olvidara el riesgo y se lanzara al aire con el entusiasmo de su juventud, cruzando en veloces carreras los espacios y sintiéndose un poco el dueño del universo.

Alabama y Toodles seguían pasando hambre y miseria en el pobre hogar del que Bill había desertado portándose tan ingratamente con ellos. Alguna vez le habían visto en la calle, pero siempre les afirmaba que estaba sin trabajo y que no tenía ni un dólar en el bolsillo.

Finalmente, Alabama, que era más decidida que Toodles, se dirigió en busca de trabajo a la dirección que daba un anuncio en el que se solicitaba una taquimecanógrafa. Entró en las oficinas y aguardó a que el director la hiciera pasar.

—¿Cree usted que conseguiré trabajo? — preguntó al secretario que trabajaba tras una mesa cubierta de papeles.

Este la miró complacido y le contestó:

—¡Si le agrada al señor Weber, seguro! Y cómo al señor Weber le gustan de todos los tipos...

Alabama entró en el despacho del Director sabiendo ya qué era lo que podía darle trabajo y procuró aparecer lo más atractiva y lo más coqueta que le fué posible.

—¿Tiene usted mucha experiencia? — le preguntó Weber.

—Sé hacerme útil en mi trabajo de oficina...—respondió la muchacha en tono insinuante.

—¡Me parece usted muy joven; no representa ni 17 años!

—Puedo representar más si es necesario y usted lo exige.

—Muy bien, muy bien, niña; me parece usted bastante inteligente. Vuelvo en seguida. Fume, mientras tanto, un cigarrillo.

Weber salió de la habitación e instantáneamente entró en ella Bill. Alabama se levantó sobresaltada.

—¿Qué haces aquí, Bill?—preguntó.

—Nada; he venido a admirar tu experiencia. No sabía que fueras tan lista—le contestó con ironía.

—Es el único modo de conseguir trabajo hoy día. La mujer sólo consigue ocupación ofreciendo más de lo que después dará. No cuesta gran trabajo ofrecer.

—Pero tú hablabas en serio, y esto es lo que no me ha gustado.

—¿Qué están haciendo?—preguntó Weber que en aquel momento regresaba a la habitación y que se quedó desagradablemente sorprendido de la amistad de los dos jóvenes—. Bill, no quiero que distraiga usted a mi mecanógrafa. Puede usted retirarse.

* * *

Bill exponía continuamente su vida cruzando las fronteras para importar del Canadá las bebidas alcohólicas con las que traficaba Weber. Un día Weber llamó al muchacho y le dijo si sería capaz de hacer un rápido vuelo durante la noche un vuelo arriesgado pero urgentísimo, ya que de él dependía el triunfo de un fabuloso negocio.

—Soy un verdadero murciélago y puedo conducir mi aparato con los ojos cerrados—contestó Bill, de modo que puede disponer de mí.

—Es preciso estar prevenido a todo—continuó Weber—. Mis enemigos andan despiertos y hay que saber huir de ellos. Tome, aquí tiene este juguete para escupirles con él si le persiguen—añadió mostrándole una pistola.

—¡Pero esto no entraba en mi contrato!—exclamó Bill que quería obtener más rendimiento positivo de aquel viaje.

Weber comprendió lo que el muchacho quería y no le negó nada de lo que quiso pedir a cambio de lanzarse al aire en busca del codiciado tesoro, más allá de las fronteras.

La policía había tenido aviso de que se proyectaba aquella expedición fructífera en con-



Webers Cooper otro gangster de su banda.

trabando y, por su parte, preparó también la salida de sus aviones en aquella noche a fin de vigilar de cerca a cuantos aeroplanos cruzaran la frontera con aire sospechoso. Bill conducía el aparato en el que iba también Cooper, otro gangster de la banda de Weber al que éste había dicho en tono confidencial refiriéndose a Bill:

—Si le molesta deshágase de él. — Porque Weber tenía más confianza en Cooper que

en el aviador, al que sólo había tomado a su servicio por su valor y por su pericia en el manejo de los aviones.

El vuelo se realizó sin contratiempo notable hasta que llegaron a la frontera, cuando ya regresaban con la carga adquirida en el Canadá. Los aviones de la policía les salieron entonces al encuentro y se entabló en los aires una lucha a muerte, persiguiéndose con enconado afán para conseguir capturar al avión contrabandista, o, por lo menos, destruirlo con sus ocupantes dentro. Bill era experto en estos lances. En Nicaragua se había visto muchas veces acosado por los aviones de los insurrectos y había hecho verdaderas proezas para huir de ellos. Ahora esta persecución encendía su sangre y ponía fuego en sus venas, complaciéndose, en sus giros inesperados y magistrales, en despistar y desorientar a los enemigos. Por fin lograron escapar y llegaron felizmente a Nueva York, en donde Weber esperaba tranquilo el resultado de la expedición.

Pero Weber sospechaba que Bill tenía relaciones demasiado íntimas con la mecanógrafa y que además no era un adicto a la causa contrabandista a la que sólo se había dedicado por falta de dinero y, temeroso de que les descubriera, le tendió una celada a fin de hacerle desaparecer para siempre, poniéndose de acuerdo con los matones de su banda

para que aquella noche, en determinado café, provocaran una riña y dieran muerte a Bill en el transcurso de la misma.

Alabama, que amaba sinceramente a Bill, sospechó de la treta que Weber preparaba y se dirigió también aquella noche al café en el que debía cometerse el crimen, logrando con su intervención oportuna en el momento preciso en que Bill se iba a meter en las garras del lobo confiadamente, retenerle a su lado con dulces palabras de amor...

Bill aún siguió al servicio de Weber en espera de poderse vengar de él y, en una expedición en la que descubrió que no sólo hacían contrabando de bebidas alcohólicas, sino que se dedicaban también al tráfico de estupefacientes, después de una lucha contra los aviones policíacos, en la que logró derribar, incendiándolos, a tres de ellos, se revolió contra sus compañeros, entre los que se contaba Weber, incendió su propio aparato para que en él perecieran carbonizados, y con una agilidad magnífica, saltó al espacio confiando a su paracaídas la suerte de su vida...

La experiencia hizo cambiar de modo de pensar a Bill. La experiencia y el amor que sentía por Alabama, del que se había dado cuenta tan sólo cuando sintió el agudillo dolor de unos celos inconfesados.

—¿Por qué te fuiste de casa? — le preguntó.

—Porque no quería limosna de nadie... y como encontré trabajo aproveché la ocasión... Pero te prometo que lo que oíste aquel día, el primer día que entré al servicio de Weber, no era verdad... ¡Tú no quisiste creerlo antes!

—Oye, Alabama, déjame que te haga tres preguntas. Primera: ¿tienes dos dólares?

—Sí.

—¡Bien! — rió Bill—. Otra: ¿te casarías conmigo? — Y al ver en los ojos de su amada la respuesta afirmativa añadió sin darle tiempo a que contestara: —¡Magnífico, de acuerdo también!... Tercera: ya sabes que Toodles

se alistó otra vez en el ejército y... como necesitamos dinero para vivir... ¿me permites que me aliste también?

Y Alabama, a quien aquellas palabras devolvían la vida después de las pasadas angustias por la suerte del hombre al que amaba desde el día que le encontró en el parque cuando el hambre les acosaba a los dos, le miró largamente a los ojos y rubricó aquel pacto con un apasionado beso de amor.

FIN

Las mejores

narraciones cinematográficas, solamente las encontrará usted en

Precio
UNA p. a.

EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS

E
Del
env

AYER COMO HOY HOY COMO MAÑANA



BIBLIOTECA FILMS y FILMS DE AMOR

son las invictas
novelas cinematográficas que

NI ENVEJECEN
NI DESAPARECEN

ESTAS SON LAS PRUEBAS

El signo del Zorro

Las dos niñas de París

Los Nibelungos

Los dos pilletes

Ben-Hur

El desfile del amor

Luces de Buenos

Aires

EL ÉXITO DE HOY

EL SIGNO DE LA CRUZ

Pida hoy mismo el CATALOGO GENERAL ILUSTRADO,
SUPLEMENTO del mismo y el HERALDO de novedades a

Editorial "ALAS"- Apartado 707 - Barcelona